

La obra de destruccion.

No habia concluido todavía de comer Jacobo Merrey, cuando se abrió la puerta y se presentó Danton.

El doctor, admirado, se levantó de la silla.

—Sí, yo soy; dijo Jorge notando el efecto que causaba su llegada imprevista; desde que te encontré he reflexionado mucho; ¿ves el estado en que se encuentra Paris?

—Es indudable que el terror es profundo, contestó Merrey.

—Y eso que no ves el fondo de la situacion; voy á contártelo, y entonces comprenderás si debes darme gracias porque he encontrado modo de alejarte de Paris.

—¿No puedo seros útil aquí?

—No; porque tu mision no empieza hasta el 20 de Setiembre, y hasta entonces debes permanecer como espectador de los acontecimientos. Varios perderán la vida.

Jacobo hizo un movimiento de indiferencia.

—Ya sé que al aceptar el cargo de diputado de la Convencion has hecho de antemano el sacrificio de la tuya, pero se expone tambien el honor y la reputacion. Tú debes presentarte en la Convencion sin ser hombre de partido, sin estar ligado con promesas, y entonces eres libre para decidirte en favor de los jacobinos ó de los franciscanos, para sentarte en la llanura ó en la montaña.

—Segun tu opinion, ¿qué es lo que sucederá?

—Tengo una idea vaga del porvenir por más que esté cercano, pero olfateo mucha sangre. Es preciso que cese la lucha del Ayuntamiento con la Asamblea, porque hasta hoy ha sido el primero

quien ha dominado, y cada vez que la Asamblea procura sacudir el yugo, el Ayuntamiento le enseña los dientes y la hace retroceder; y sin embargo, la Asamblea, querido Jacobo, es el gobierno ante la ley y por la ley; pero el Ayuntamiento es el gobierno popular sin límites ni trabas.

En uno de los retrocesos votó la Asamblea un millon mensual para el Ayuntamiento, y fácil es comprender su repugnancia para perder ese sueldo.

Ha entregado la dictadura en manos espantosas, no en las del pueblo, porque eso no seria temible, sino en las de hombres como Hebert, que ha sido vendedor de contra-señas en los teatros, letrado de taberna como Chaumette, zapatero sin tienda, pero demago go consumado, y este es el que está autorizado para abrir y cerrar las prisiones, para dar libertad ó prender, y todos han decidido poner en las puertas de las cárceles las listas con los nombres de los presos.

El pueblo sueña con la matanza y la sangre al leer esos nombres, y los presos la provocan; los de la Abadía insultan á través de sus rejas á los habitantes del barrio, cantan canciones reaccionarias y beben á la salud del rey, á la de los prusianos y á su próximo rescate; sus queridas van á verlos y á comer y beber con ellos, y los carceleros son los ayudas de cámara de los nobles, los mozos de los ricos.

El oro se prodiga en la Abadía, y el pueblo, que carece hasta de pan, mira con reconcentrado furor ese rio dorado que riega las cárceles.

El papel-moneda falso inunda Paris; ¿y dónde se dice que se fabrica? En las cárceles; y aun cuando no sea cierto ese rumor, exaspera al pueblo. Añade á esto un Marat que pide todas las mañanas cincuenta, ciento, doscientas mil cabezas. No contenta esa terrible dictadura, de la que provengo y que en vano trato de contener, con hollar las libertades individuales, insulta la libertad de la prensa, libertad peligrosa, y en lugar de perseguir á Marat, se ensaña contra un jóven lleno de abnegacion y de inteligencia, y le persigue hasta en el ministerio de la Guerra, en donde se ha refu-

giado. La Asamblea se ha visto obligada á llamar al presidente del Ayuntamiento al banco de los acusados; pero Huguenin no se ha presentado, y hace una hora ha disuelto la Asamblea al municipio, declarando nombrara nuevos concejales en el término de veinticuatro horas, y sin embargo, tal es la anarquía, que ha declarado beneméritos de la patria á los mismos que castiga.

—*Ornandum y tollendum*, ha dicho Ciceron.

—Sí, pero el consejo no quiere ni ser despedido, ni ser coronado; quiere permanecer y reinar por el terror; permanecerá y reinará.

—¿Y crees que se atrevá á dar orden para la matanza?

—No tiene necesidad de mandarlo; dejará á la poblacion en el estado de furor en que se encuentra, dejará que los estómagos vacíos y las bocas hambrientas lleguen hasta la desesperacion, y si una voz grita: «¡Basta con las estatuas rotas! ¡Basta de mármoles hechos pedazos! ¡Basta de bustos destrozados! En lugar de ensañarnos con cosas inofensivas, ataquemos á los aristócratas que brindan por los extranjeros y por el rey que les llama. A la Abadía primero, al Temple despues y luego á las fronteras;» dicho esto, se hará; para derramar la gota primera de sangre se vacilará, pero despues correrá á torrentes.

—¿Pero no hay un hombre entre vosotros capaz de dominar la situacion y contener al pueblo? preguntó Jacobo Merey.

—Solo pueden contarse tres hombres populares. Marat, que desea é impulsa á la naturaleza; Robespierre, que tendria autoridad, y yo, que tengo energía.

—Bien.

—No podemos contar con Marat para que desista de lo que desea, ni con Robespierre para que se oponga al pueblo, y seria preciso ser un César ó Gustavo Adolfo para desterrar al génio del mal de los corazones, para hacer ruborizar á la muerte en persona y obligarla á volver á la nada.

—No es necesario más que ser Danton, replicó Jacobo Merey; toma una bandera y habla á los hombres como hablaste á las mujeres del mercado, que al principio querian destrozarte. Muchos

aprobarán los asesinatos, pero los asesinos no serán numerosos.

Coloca los dos mil voluntarios de hoy á las puertas de las cárceles, diles que los presos son sagrados ínterin no se pronuncia la sentencia, que están bajo la salvaguardia de la nacion y que la cárcel es un asilo tan inviolable como un santuario. Te escucharán, y si preciso es, darán su vida con entusiasmo por la noble causa que defienden.

—¡Ah, cómo ha de ser! dijo Danton con indiferencia; se han alistado para combatir al enemigo, y no quiero engañarlos; no impulsaré á la matanza, pero no me opondré; correria riesgo mi vida.

—¿Y desde cuándo cuida de sí mismo Danton? repuso Jacobo sonriendo.

—Desde que he visto que no podria hacer nadie lo que hay que hacer. Establecer la república. Marat, ese loco furioso, no puede ser el Bruto moderno, ni el hipócrita Robespierre, el Washington; se ha opuesto á la guerra que todos deseaban, y necesita un año ó dos para recóbrar la popularidad; solo quedo yo. Te confieso, para entre nosotros y en voz baja temiendo espantarte, que no me parece prudente marchar al encuentro del enemigo dejando detrás casi otro más terrible.

El pueblo tiene á veces en los grandes cataclismos revolucionarios repentinas y fulminantes inspiraciones. Sí, el enemigo que debemos temer, el verdadero, el que si le dejamos perderá á la Francia, el que conspira y se comunica desde el Temple con Federico Guillermo, es el rey y los realistas, los aristócratas.

—Cómo, ¿dejarás que la venganza popular llegue hasta el rey?

—No; porque la muerte de los realistas y de los nobles le intimidará, le espantará y sospechará sus manejos culpables. Además, el rey no debe morir en una tempestad popular, sino juzgado públicamente, sentenciado por la nacion á la muerte de los traidores, de los tráfugas, de los perjuros.

—Creí que habias ofrecido á tu esposa que jamás tomarias parte en la muerte del rey y que le defenderias.

—Amigo mio, es una locura hacer juramentos en dias de revolucion, y todavía más locura el creer en ellos. Hice esa promesa an-

tes de la huida á Varennes; hace tiempo ya y casi lo recuerdo; de modo que dentro de dos ó tres meses lo habré olvidado por completo; y sobre todo, ¿es pura la sangre que correrá en las cárceles? La de malos franceses, peores ciudadanos, traidores y parricidas. Cubrámonos el rostro, y puesto que hay hombres que ejecuten la *obra siniestra*, como dicen los rusos, dejémosles. Bueno es que Paris se comprometa á los ojos del mundo para que sepa que si deja entrar á los enemigos no tendrán misericordia.

Jacobo Merey miró á Danton, y en la tranquilidad de su rostro comprendió que su resolución era inquebrantable; no haría nada, pero tampoco impediría que hicieran.

—Tienes razón, contestó Jacobo Merey; todavía no soy tan estóico que calcule si esta sangre es pura ó impura. Como médico, miro la sangre cual el elemento más precioso del sér humano; carne líquida, licor compuesto que debo introducir en el hombre, en lugar de contribuir á privarle de él. Mándeme á donde pueda ejercer el bien sin hacer mal, no viéndome obligado á presenciar el mal para llegar al bien.

—Precisamente es eso lo que me ha hecho venir ahora. Escucha, en dos palabras te diré lo que sucede. El 19 de Agosto de 1792 han entrado en Francia los prusianos y los emigrados. Una espantosa lluvia acompañó su entrada; esto fué mal presagio.

—¿Crees en los presagios?

—¿No somos romanos? Los romanos creían, hagamos lo mismo. El día 20 se presentaron delante de Longwy, es decir, que de Coblenza á Longwy tardaron veinte días; al octavo cañonazo se rindió la plaza y dejó entrar al rey Federico Guillermo, y en lugar de salir en seguida para Verdun, estuvieron ocho días acampados en las cercanías de su conquista, y todavía están allí. Durante este tiempo ha permanecido Francia á la defensiva, pero esto no la conviene. Francia no es un broquel, es una espada; su fuerza estriba en atacar. Los ocho días que ha vacilado el enemigo han salvado á Francia; cada día salían de Paris dos mil hombres, y si crees que los alistamientos voluntarios han empezado hoy, te equivocas. Hace tres días que la Asamblea tuvo que dar un decreto para obligar á

los tipógrafos á que se quedaran, y el decreto era extensivo á los cerrajeros, porque sin eso no se encontraría quien hiciera un fusil, puesto que todos querían llevarlo. Desiertas las iglesias, desde la desaparición de un culto inútil, se han convertido en talleres, en los que un millon de mujeres trabajan y preparan tiendas, equipos militares y trajes para sus hijos, que van á combatir al enemigo.

En aquellas iglesias tenía lugar al mismo tiempo un acto misterioso y útil. Propuse á la Asamblea que se registrasen las tumbas y se emplease en defensa del país el cobre y plomo que encubre los féretros.

Jacobo Merey fijó en Danton sus ojos con más admiración que sorpresa.

—¿Y la Asamblea lo decretó de resultas de tu proposición?

—Sí, contestó Danton; ¿no tenía derecho la Francia de los vivos para exigir á la Francia de los muertos la socorriera y ayudara? ¿Crees que esos cadáveres no hubieran dado su ataúd por salvar á sus hijos y á los hijos de sus hijos? Con respecto á mí, te aseguro que al abrir el primer ataúd creí escuchar una voz que salía de las regiones de la muerte, y que decía: «Tomad, no solo los féretros, sino también los huesos, si con ellos podeis forjar armas contra el enemigo.»

—Danton, exclamó Jacobo Merey, eres grande, más grande todavía de lo que yo me figuraba.

—No, amigo mio; contestó sencillamente Danton; la Francia es grande, pero nosotros no. No, jamás llegaremos á la altura de aquella mujer, de aquella madre que llevó á la Asamblea su cruz de oro, su corazón de oro, su dedal de plata, mientras que su hija, niña de doce años, entregaba un sonajero de plata y una moneda de quince sueldos. ¡Oh! cuando ví esto grité: ¡Francia triunfa! Con tu dedal de plata, tu cruz de oro y tu corazón de oro; con el sonajero y los quince sueldos de tu hija se levantarán ejércitos. ¿Pero sabes cuándo fuimos verdaderamente sublimes? Cuando jacobinos, franciscanos y girondinos se unieron para encargarse á un hombre la salvación de la patria.

—¿A Dumuriez?

—A Dumuriez. Los girondinos le odiaban, y no sin razon, pues habiéndole hecho llegar al ministerio, los habia expulsado. Los jacobinos no le querian porque no ignoraban que tenia dos máscaras y jugaba con dos barajas, pero sabian que ambicionaba la gloria y que haria todo por vencer.

—¿Y tú qué hiciste?

—He hecho más que todos. Le mandé á Fabre de Eglantine, mi pensamiento; á Westermann, mi brazo; Westermann, el 10 de Agosto en persona. Los antiguos soldados Luckner y Kellermann se han puesto á sus órdenes; Dillon, jefe suyo, es subalterno, y todo el ejército francés está bajo su mando.

—¿Y no dudas, no tiembles ser vendido?

—Justamente; por eso te envío. Saldrás para Verdun y te pondrás de acuerdo con Beaurepaire para organizar el mejor medio de defensa, y si toman á Verdun, irás al momento á reunirte con Dumuriez. Te daré cartas para él; le estudiarás profundamente; si camina franca y lealmente por el camino de la república, le animarás con tu ejemplo y con tus elogios; si vacila, si adviertes en él perplegidad ó alguna maniobra sospechosa, le das un pistoletazo y entregas el mando á Kellermann. Aquí tienes mis poderes.

—¿Hasta dónde alcanzan?

—Si el enemigo es derrotado, no acosarlo demasiado para no ponerle en el caso de emplear mayores recursos. Yo creo que Federico Guillermo no está muy interesado en la coalicion. Una buena batalla y una brillante victoria que obligue á los prusianos á abandonar el suelo francés, es lo que necesitamos. Yo me encargo de conducirlos; que me esperen.

—Ten cuidado, Danton; si despues de permitir que Paris hiera tan cruelmente perdonas al ejército prusiano, dirán que el rey Federico Guillermo te ha comprado.

—¡Bah! otras cosas dirán, no tengas cuidado. Nosotros los hombres de accion y de lucha que hacemos y deshacemos las revoluciones, somos como aquellos jefes de los bárbaros, á los que sus soldados encerraban en un ataúd de oro, despues en otro de plomo y por último en uno de encina. El primer historiador que nos saca

á luz no ve sino el de madera, el segundo le rompe y encuentra el de plomo y el último halla el de oro; en ese me sepultarán.

—Jacobó Merey tendió la mano al hombre que habia engrandecido un palmo á sus ojos.

—¿Y cuándo marchó? preguntó.

—Esta noche; no tienes un momento que perder. Verdun está sesenta leguas de Paris; necesitas para llegar veinticinco horas. Toma diez mil francos; es preciso que tengas bastante.

—Será demasiado.

—A tu vuelta me rendirás cuentas. Piensa que vas en comision del gobierno, y que ningun obstáculo debe detener al hombre que tiene un sable al costado, dos pistolas en el cinto y diez mil francos en el bolsillo.

—Nada seria capaz de detenerme.

—Adios, y buena suerte; vas á ocuparte de una obra santa, poética y gloriosa; nosotros nos vamos á ocupar de la *obra siniestra*, de la de destruccion. Adios.

Dos horas despues salia de Paris Jacobó Merey.